

## Masoquismo, Masculino

*Masochism, Masculine*

Marco Máximo Balzarini<sup>1</sup> ORCID: 0009-0006-9347-4302

### Resumen

El presente trabajo tiene el objetivo de aclarar la falsa atribución del masoquismo hacia lo femenino y de contribuir con herramientas de detección clínica del fenómeno del masoquismo masculino a la práctica psicoanalítica actual. La pregunta conductora es ¿de qué manera las fórmulas de la sexuación del seminario *Aún* de Jacques Lacan permiten demostrar la atribución del fantasma masoquista al lado masculino? Lacan piensa la castración desde una función lógica, ya no desde la mitología (Edipo), lo que permite abandonar la definición de la feminidad en función de la anatomía sexual y propone las fórmulas de la sexuación. Con este aporte consigue dos avances. Primero, acercar al psicoanálisis al campo de la ciencia (matemáticas, lógica, topología, lingüística). Así, Lacan va del mito al matema y rescata a Freud de las quejas oscurantistas relacionadas con tótem y tabú. Segundo, cuestionar la idea de que la feminidad se regula con la norma del falo, por tanto la sexualidad femenina no se resuelve con tener. El aporte de este trabajo es extraer las consecuencias de estos avances. Primero, situando las dos modalidades de gozar en el lado femenino y la única modalidad de goce en el lado masculino. Luego revisando los conceptos de fantasma y de masoquismo a la luz del concepto de perversión siguiendo el texto de Freud “Pegan a un niño”. Se concluye que la perversión es un fantasma neurótico y el fantasma masoquista es masculino.

*Palabras clave:* Masoquismo; Perversión; Masculino; Femenino; Goce; Fantasma.

### Abstract

This paper aims to clarify the false attribution of masochism to the feminine and to contribute tools for the clinical detection of the phenomenon of male masochism to current psychoanalytic practice. The guiding question is how the formulas of sexuation in Jacques Lacan's seminar "Even" allow us to demonstrate the attribution of the masochistic fantasy to the masculine side. Lacan conceives castration from a logical perspective, no longer from mythology (Oedipus complex), which allows him to abandon the definition of femininity based on sexual anatomy and proposes formulas of sexuation. With this contribution, he achieves two advances. First, it

---

<sup>1</sup>Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Psicología, Argentina.

Mail de contacto: marcombalzarini@outlook.com

DOI: <https://doi.org/10.46553/RPSI.21.42.2025.p50-70>

Fecha de recepción: 4 de enero de 2025 - Fecha de aceptación: 6 de agosto de 2025

brings psychoanalysis closer to the field of science (mathematics, logic, topology, linguistics). Thus, Lacan moves from myth to matheme and rescues Freud from obscurantist complaints related to totem and taboo. Second, he questions the idea that femininity is regulated by the norm of the phallus, therefore, female sexuality is not resolved by having. The contribution of this work is to draw the consequences of these advances. First, by situating the two modes of enjoyment on the feminine side and the single mode of enjoyment on the masculine side. Then, by reviewing the concepts of fantasy and masochism in light of the concept of perversion, following Freud's text "They Beat a Child." The conclusion is that perversion is a neurotic fantasy and the masochistic fantasy is masculine.

**Keywords:** Perversion; Male; Female; Jouissance; Phantom.

## Introducción

Como señala Laurent (1999), el masoquismo ha sido signado con demasiada frecuencia como una característica particularmente aplicable a las mujeres. "Hubo una tentación en Freud de captar el ser de la mujer a partir de una posición masoquista" (p. 45). Los movimientos feministas han criticado esto y Éric lo acompaña; la tesis que va a defender en el seminario *Posiciones femeninas del ser*, y que este trabajo va a ampliar, es que el masoquismo deja de ser el goce propio de la mujer en cuanto que la posición femenina va más allá del falo.

Lacan denuncia la noción de masoquismo femenino especialmente en un texto redactado en 1958 y publicado en 1960, "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina", que es donde formula este sintagma: el masoquismo femenino es un fantasma del hombre. También en el *Seminario 7* habla de Antígona, que es una heroína, que podría equivaler a lo que hoy es ser militante, lo cual está bien visto, la lucha por una causa, la devoción por una causa, como en la mística, la entrega por la causa del deseo, causa del sujeto, pero Lacan, advierte Laurent, en ningún momento lleva bien alta la bandera del masoquismo femenino. O el caso de Simone de Beauvoir, una militante de la causa de las mujeres, de la obtención del derecho al voto. Entregarse a una causa no es masoquismo. "Sin embargo, hay en esto prejuicios: que apenas uno deja de abocarse a sus intereses de pequeño burgués estrictamente definidos, sufre por una causa y es masoquista" (Laurent, 1999, p. 55).

Sentenciar que el masoquismo es propiamente femenino sería naturalizar que las mujeres están adaptadas al dolor "porque desde el punto de vista de la reproducción sufren al parir" (Laurent, 1999, p. 46) y sufren el coito o, más extremo, que las mujeres están cómodas en el dolor. Lacan critica esto, critica la asignación localizada en el ser de la mujer del dolor en lugar del placer. Por eso se opone al concepto de masoquismo femenino, "que vendría a explicar que las mujeres sacan su ser de un punto, el de aceptar el dolor" (Laurent, 1999, p. 67).

Si tenemos que inclinar el masoquismo hacia uno de los dos lados de la sexuación es hacia lo masculino. Esta inclinación en nuestros tiempos está indicada por la forma en que el sufrimiento de los hombres se expresa en las consultas psicológicas, hombres adaptados a ciertas formas de ser en una relación de pareja que se perpetúan en el tiempo y conllevan un núcleo de sufrimiento susceptible de romperse abruptamente bajo el modo de la urgencia.

Así llegan al consultorio hombres en posición de acto, quieren separarse, divorciarse, dejar su trabajo, o que ya han realizado el acto, lo que denuncia la aceptación durante años de un goce masoquista no advertido. De este modo, hay razones para afirmar que el masoquismo no es femenino, eso es un deseo del hombre por su propio modo de goce. “Para los varones siempre es pegar y ser pegado, por eso son masoquistas” (Laurent, 1999, p. 52). Esto es lo que vamos a abordar en este trabajo.

### Metodología de Investigación

Hemos enmarcado esta investigación en un enfoque cualitativo basado en el análisis de contenido de textos psicoanalíticos. Marshall y Rossman (1999) señalan que para estudios cualitativos se trata de una aproximación al campo de los fenómenos sociales, pero no de manera amplia, sino de una acotada aproximación al estudio de un tema restringido. Una investigación cualitativa, indican Whittemore et al. (2001), privilegia la profundidad sobre la amplitud, pero no intentaremos captar los sutiles matices de las experiencias vitales y singulares, sino que nos proponemos la extracción de fundamentos que permitan engendrar nuestra tesis. En tal sentido, López Noguero (2002) afirma que el modelo cualitativo no prueba hipótesis, sino que genera teoría.

Del trabajo de lectura surgieron las unidades de análisis. En toda investigación científica, señala Krippendorff (1998), hay que determinar las unidades de análisis, esto es “decidir qué se ha de observar y registrar, y lo que a partir de ese momento será considerado un dato” (p. 81). Las unidades de análisis en metodología cualitativa reciben el nombre de categorías analíticas. Las categorías analíticas, una vez aisladas, constituyen guías en el proceso de lectura y son portadoras de la información para su posterior análisis. Según Martínez Miguélez (2006) las categorías son los significantes que vienen a dar significado al montón de datos de la investigación; ordenan, simbolizan, el mar infinito de significaciones con las que el investigador se encuentra en el tiempo de lectura; categorizan, conceptualizan la idea central, codifican, dividen “los contenidos en porciones o unidades temáticas” (Martínez Miguélez, 2006, p. 268). Para Berelson (1952) las categorías deben ser exclusivas, es decir, un mismo elemento del contenido no puede ser clasificado, condensado, en otras categorías diferentes, lo cual da idea de una segregación radical que luego de la investigación podremos saber si no hay contacto entre ellas o si la frontera realmente separa campos extrínsecos. Las categorías de análisis son: masoquismo, masculino, perversión.

### Resultados

#### Tablas de la Sexuación

Lacan dibuja esta tabla en la pizarra (Figura 1). En el piso inferior, del lado izquierdo (masculino) ubicamos el símbolo \$ desde el cual sale una flecha que desemboca en el lado derecho (femenino) en la letra *a* minúscula. Con esto tenemos la fórmula del fantasma. Esta primera orientación propone para la posición femenina ser objeto causa del deseo del Otro. Por ejemplo, una mujer que causa el deseo de un hombre; o un niño en posición de objeto,

en posición de fallo para la fantasía de la madre —lugar del cual conviene que el niño salga a través de la significación fálica, es decir, del goce fálico, por medio de la función padre que no necesariamente debe ser encarnada por un hombre de carne y hueso, que permita al niño separarse de ser el fallo materno y poder ser un sujeto que desea—; o el analista que se ofrece como objeto causa del deseo del sujeto, lo causa a que trabaje.

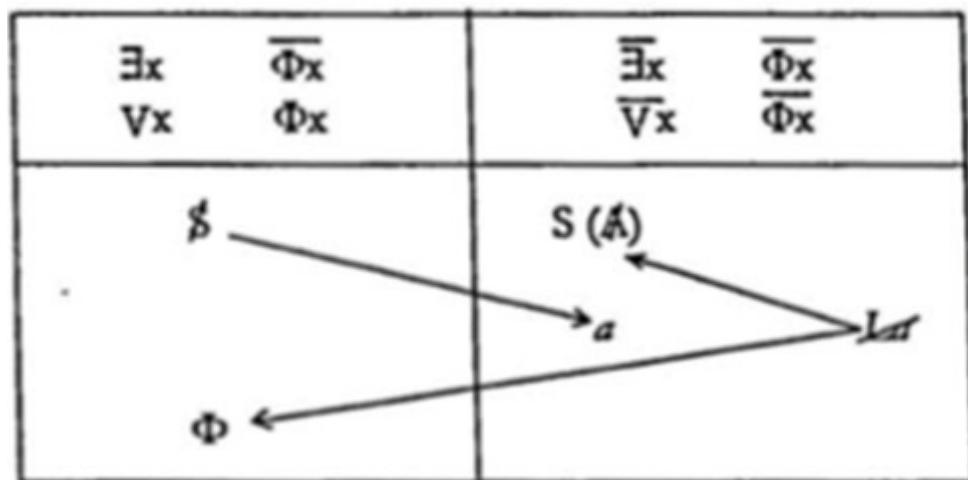
Del lado masculino la lectura nos indica que el sujeto masculino busca a la mujer como objeto (perdido), fetiche ( $\$ > a$ ). Es decir, el hombre busca tener lo que no tiene porque está castrado. Solo a condición de la castración el hombre se coloca en la buena posición del amor (portador). El ejemplo es Eva, encarna el objeto perdido del hombre: su costilla. Para ello, dice Chamorro (2008), el sujeto femenino tiene que estar atravesado por la castración, en lugar de estar amenazado (histeria).

En la histeria el sujeto mantiene su deseo insatisfecho a condición de persistir en el goce fálico, lo cual sitúa el rechazo de lo femenino. Esto está indicado por Lacan en la flecha que parte del signo “La barrada” ( $L\alpha$ ), situado en el lado derecho, hacia phi ( $\Phi$ ), letra griega con la que Lacan simboliza el concepto de fallo.

Lo que orienta al sujeto femenino en este vector no es el hombre, sino el fallo, significante de lo que no tiene, que es lo que busca en su *partenaire*. Ya no es el fallo como premisa universal, todos castrados, sino como significante del goce. Lo fálico es lo que puede ser representado que devuelve goce por la satisfacción que produce taponar la falta y en ese sentido le da un ordenamiento al sujeto.

### Figura 1

Tablas de la Sexuación



Nota. Tomado de Seminario 20 (Lacan, 1972/2008, p. 95).

En esta orientación el sujeto femenino busca entonces un significante privilegiado que está en el Otro. Está del lado hombre porque se encuentra abonado a la ley del padre. Esta orientación es condición necesaria para el encuentro entre hombre y mujer, es el llamado goce fálico, se dirige al hombre que tiene o que es el falo en tanto ella no lo es.

Si el sujeto asume ser el falo se posiciona en el lado macho, tal como lo tenemos en la tabla del lado izquierdo. Así, el goce del macho, también goce de la histeria, es condenado a la insatisfacción porque nunca lo tiene. El deseo de tener hijos es un deseo de los hombres. El deseo de pene es un deseo masculino y no, como se leyó mal de Freud, femenino. Porque es un deseo regulado por el falo, puede ser equivalente a otra cosa, por lo cual la lógica masculina es de incompletud, de falta.

El hombre no está seguro de tener. Entonces, hombres con músculo, dinero, bienes, mujeres, preocupados de que eso funcione, rinda. El problema del encuentro entre los sexos es cuando la mujer es el falo, cuando ella está en el lado macho, porque ahí ya no lo busca, simplemente es. Deja al hombre inhibido en su clásica función de proveedor o protector, mientras el hombre busca imponer su tener.

Las mujeres hoy ocupan cargos altos, de dirección, titularidad, muchas son jefas de hogar. Sin embargo, la tensión es con el sistema económico global que sabe cómo definir a la mujer y lo hace según lo que no tiene, que la fuerza a entrar en una lógica, que llamamos binaria, donde se da un ordenamiento en razón de lo que está presente o ausente, lo que se tiene y lo que no se tiene. Esta es la lógica del poder global del hipermodernismo que promueve sujetos consumidores, no interrogadores. Decimos entonces que la primera orientación de lo femenino, afirma Chamorro (2008), es buscar ser objeto en tanto el hombre está en posición sujeto. Ahora bien, si una mujer no puede, al menos en parte, posicionarse como objeto entonces se hace la pregunta histérica y encarna el falo, pues dice “yo no soy el objeto, soy el falo”. Entonces se hará la pregunta, ¿qué es ser una mujer?

Para ella es imposible responderse esta pregunta identificándose, por ejemplo, con la madre, “imposible encontrar o inventar una versión de cómo ser una mujer a partir de la maternidad” (Bassols, 2017, p. 119). Feminidad y maternidad entonces se oponen, desde la relación madre-hija que Freud (1932/1992) ubicó como núcleo de la neurosis de una mujer. El falo es el significante del deseo del Otro. Ella se identifica con el falo, como dice Lejbowicz (2022), y, como consecuencia, rechaza lo femenino porque “al poner en juego una identificación profunda con el significante fálico, se desconoce” (p. 38).

En esta orientación el sujeto femenino desea ser el falo, solución que permite encubrir la castración, es decir, para no encontrarse con la castración, con la evidencia limitante de que no todo es simbolizable, se convierte en eso que significa la falta. Aparece el uso de semblantes que ilusionan con la garantía de nombrar lo enigmático. Por ejemplo, mujeres que, en lugar de ver a otra mujer, jerarquizan la belleza de su cuerpo siendo deseable. El problema es que lo femenino del lado del falo queda apresado en la cuestión de tener o no tener. El encierro de tener o no tener un hijo.

Antes las mujeres se definían, existía “La mujer”, se sabía qué es ser una mujer, por la fórmula maternidad, ser madre era el objetivo final con el cual tenía la mujer una definición de su

ser, todas hacia el mismo rumbo, existía *La mujer*. La aparición de las pastillas anticonceptivas y el derecho de acceso permitió que las mujeres puedan ocuparse de sus estudios, terminarlos y recién después, alrededor de los 35 años, pensar en si quieren o no ser madres. Entonces, en tanto una mujer no pueda posicionarse como objeto asume ser el falo y se posiciona en el lado macho. Entonces, hasta aquí el masculino tiene una sola orientación: hacia el objeto que le falta. O sea que el encuentro del hombre con una mujer significa el encuentro con su propia castración. Por eso la mujer es el síntoma del hombre (Chamorro, 2008; Lacan, 1972/2008; Miller, 2008).

Lejbowicz (2022) señala que toda realización del hombre respecto de la relación sexual, salvo que pueda feminizarse, salvo que pueda aceptar su parte femenina, “desemboca en el fantasma, entonces la usa a ella como soporte narcisista; aunque no necesariamente sea del gusto de ella ocupar ese lugar” (p. 73).

El hombre que se anuda haciendo de una mujer objeto causa de su deseo es el hombre que está en la buena posición para ser padre en tanto que está perversamente orientado, dice Lacan en el Seminario 22, es decir, hace de una mujer su síntoma. Sin embargo, afirma Chamorro (2008), no toda esa mujer va a estar en posición objeto, sino sería masoquista. No todo el goce de una mujer pasa por ser objeto que causa la voluntad de goce de Otro. Aquí entramos en la segunda orientación que Lacan dibuja en el lado femenino; dicha segunda orientación, dividida en dos vectores, es precisamente la que tiene relación con el goce femenino como tal. Porque la primera orientación no le produce goce alguno, ser objeto no es satisfactorio para la mujer, sino para el hombre.

Esta orientación que parte del signo *Lta*, situado en el lado derecho, hacia el significante que falta en el campo del Otro S(A), situado también en el lado derecho designa, dice Chamorro (2008), el goce Otro, el goce propiamente femenino, pues al no salir de ella misma (es un vector que no cruza al otro lado), implica que no toda la mujer se dirige como objeto al fantasma del hombre, y esto la salva de quedar reducida al masoquismo. Es decir, hay una parte de ella que se dirige a la búsqueda de un significante que no está en el Otro, un significante fuera de la cadena, es decir, en lo real. Esto la convierte en no toda simbolizable. Al faltar un significante en lo simbólico la mujer no existe. Por eso, *Lta*, pues el significante universal de La mujer no existe.

El aporte de Lacan en torno a la sexualidad femenina podría reducirse a este vector que escribe desde *Lta* al significante del Otro castrado, vector que designa una relación directa entre el sujeto mujer y la pulsión. En tanto que directa esta parte del goce femenino no puede decirse, no existe su significación, siempre se dirá mal, es maldicho (maldito). Desmedido, desregulado, ilimitado, imposible de prohibir y simbolizar porque no está el falo que pueda otorgar una medida. Un resto que queda fuera de la regulación fálica que provoca un retorno inquietante para la mujer, lo cual hace que lo femenino pueda bordear en algunos casos la locura o conectar con las figuras más feroces del superyó, cuando se vuelve tiránica e hiper-excesiva hasta con ella misma. Un goce que la vuelve ausente de sí misma. Esta falta de límite supone un plus, un más, que entonces transforma el déficit con el que la mitología definía a las mujeres en un tener de más. Es decir, si la mujer había sido definida como el sexo débil, el

sexo que no tiene, entonces con esto que aporta Lacan se dan vuelta las cosas pues lo femenino es lo que está en más. Es decir, el ser de la mujer está en el suplemento.

A esta idea Lacan la hace aparecer en los *Escrítos* en el texto “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”. Lacan escribe este texto en 1958, pero se publica en 1960. Allí, Lacan escribe: “Recordemos el consejo que Freud repite a menudo de no reducir el suplemento de lo femenino a lo masculino al complemento del pasivo al activo” (1960/2009, p. 694). Esta frase, señala Laurent (1999), se aclara luego en *Aún* cuando Lacan dice “goce suplementario”. Por tanto el término suplemento está en 1958 y en 1973, lo que nos indica que lo esencial de la posición femenina es el suplemento. Suplemento se opone al concepto de falta, que es el concepto sobre el cual los posfreudianos se habían apoyado para definir la sexualidad respecto de un menos, de una falta en el campo de la sexualidad. Hace falta la elucidación de Lacan para comprender que la posición femenina es a partir de un suplemento con relación al significante y al falo.

Por eso las tablas de la sexuación no se definen por la diferencia anatómica. Hay un chiste de una niña que ilustra esto. Una niña que salía de la escuela y contó que en una clase de educación sexual en la materia educación física le habían enseñado que los nenes tienen pene. “La madre le pregunta: ¿y las niñas? Y ella responde con un estupendo chiste involuntario: ‘Y las niñas tienen pena’” (Bassols, 2017, p. 45; ver también Bassols, 2020). El chiste deja afuera la diferencia sexual anatómica porque la nena no dice “las nenas no tienen pene”, o “las nenas tienen nada”. Si bien gira en torno al pene, el chiste indica que las nenas también tienen.

Lejbowicz (2022) señala que en el *Seminario 17* Lacan relee el complejo de Edipo desde una perspectiva lógica que le permite avizorar un más allá del falo, un más allá del sufrimiento por la falta, es decir, un plus que se obtiene por la vía del fantasma. “El fantasma es la estrategia de recuperación de un plus de goce para no confrontarse con la falta radical del objeto” (p. 54). El sufrimiento por la falta se convierte en un goce por el exceso. Es un deleite, un goce suplementario, no es complementario al fálico, se agrega como plus al goce que ya le brinda el falo. Es un goce que solo el sujeto femenino puede experimentar y del cual nada puede decir, quizás nada sabe ella misma a no ser que lo siente dice Lacan (1972/2008; Miller, 2008).

En este espacio anímico es donde una mujer encuentra el verdadero goce, más allá de las identificaciones. Entonces, cuando la mujer está insatisfecha es porque algo del falo ha quedado prendido. Por eso se puede seguir un contraste que ubica Chamorro (2008): la mujer para Freud debía unirse a un hombre (hay relación sexual). Para Lacan el partenaire del sujeto es el objeto *a* (no hay relación sexual). El verdadero goce es en relación con el objeto *a*, es lo inefable y excluido de la red de significantes. Por lo tanto, la sexualidad femenina excede al coito, a la genitalidad y a las identificaciones. En este punto, señala Laurent (2016), los semblantes operan como velos que recubren el vacío, como velos de lo que no hay. Es decir, lo femenino pone en jaque los semblantes haciendo que la presencia del vacío sea demasiado real (Lejbowicz, 2022). Hace real el hecho de que se está siempre sentado sobre la nada, sobre el matema S(*A*) (Miller, 1993).

Por eso Miller (1993) señala que la especialidad femenina es hacer hablar la nada y lo ilustra con el ejemplo de “Zazie en el metro”, escrito por Raymond Queneau, que ejemplifica la manera en que lo femenino es una máquina de pisotear semblantes, demostrando desinterés absoluto en todo aquello que la civilización propone como producto, un torbellino desenfrenado que ningún semblante puede detener. Lo que una mujer, tomando el ejemplo de Zazie, opone a los semblantes es lo real del goce. Miller (1993) habla del cinismo femenino, porque lo femenino demuestra que no hay otra cosa que semblantes, pero que todo semblante resulta inconsistente. Las mujeres, dice Miller en una operación de lectura de Freud, presentan hostilidad hacia los semblantes, hacen caer los semblantes. Los hombres bravos, a veces, se defienden imputándole a la mujer cierta afinidad especial con los semblantes, cuando en realidad están de su lado.

Son los hombres los que están más cautivados por los semblantes y las mujeres más próximas a lo real. Cuando Lacan dice que La mujer no existe significa que ese lugar, el de la definición de la mujer, el del concepto “mujer”, el del conjunto “mujer”, permanece, esencialmente, vacío. Eso no impide que se pueda encontrar algo ahí. En ese lugar se pueden encontrar máscaras, máscaras de la nada. “¿A qué llamamos semblante? Llamamos semblante a lo que tiene función de velar la nada” (Miller, 1993, p. 85). Es una preocupación constante en la humanidad cubrir a las mujeres. Se las cubre porque lo femenino no se puede develar. De tal manera que hay que inventarla. En tal sentido llamamos mujeres a esos sujetos que tienen una relación esencial y próxima con la nada.

El punto que nos interesa rescatar es esta orientación que va de *Lta* al significante del Otro castrado, ahí se concluye que el goce no es de las mujeres, sino que la mujer, decía Lacan, es Otro para sí misma. Esto significa que el goce femenino es ajeno incluso para ella misma pues la excede a sus propias identificaciones. Castración en idioma lacaniano significa que el goce está perdido para todos en la medida en que hablamos. El solo hecho de hablar implica pérdida de goce, no saber qué digo cuando porto la palabra. Pero hay un goce que no está perdido porque no pasa por la palabra, del cual las mujeres no pueden hablar, que no está inscripto, que no está prohibido para todos. Ese goce es el femenino. No está afectado por la palabra, por la castración, como todo goce.

Siguiendo a Chamorro (2008), cuando Freud dice que la neurosis de la mujer está más allá del Edipo ya está encaminándose a lo que Lacan va a formular años más tarde como no toda. En *Inhibición, síntoma y angustia* Freud plantea la idea de la represión fundamental, aquella que es imposible de superar, ombligo del sueño, núcleo del sueño al cual no se puede llegar con el sentido y que Lacan, dice Miller (2014), nombró con la afirmación “No hay relación sexual”. La falta de significante para lo femenino testimonia de un goce incómodo que el sujeto siente ajeno, coincide con la falta de relación sexual en tanto que ese goce, femenino, no es posible de acceder con el significante. Hay imposibilidad de significar lo femenino, no hay el universo, la uni-versión de la mujer, por eso Lacan escribió el matema S(A), un significante en el campo del Otro que no hay.

De modo que el sujeto femenino tiene una parte del goce del lado de lo desmedido y otra parte del lado de lo fálico. No está por fuera de la función fálica, pero no está toda en ella (Lacan, 1972/2008). Así, no hay relación sexual, no hay proporción sexual con el hombre

que está solo en lo fálico. Y el goce fálico es lo que impide al hombre acceder al goce de la mujer (Lacan, 1972/2008). Cada uno va a un lado distinto. El hombre busca en el lado mujer el objeto; la mujer busca en el lado hombre el fallo. Nadie tiene lo que el otro necesita. Y además hay un goce por fuera de lo que se busca. Falta la relación sexual, lo cual no significa habilitar para ambos un goce masturbatorio, sino que se deberá intentar que el goce encuentre algo para la dialéctica subjetiva (Chamorro, 2008).

Esta expresión de Lacan “No hay relación sexual” está para hacerle la contra a los prejuicios y a los enunciados estandarizantes. No significa que no haya contacto genital entre dos personas, sino que no hay programa escrito que diga cómo se tiene que dar la relación entre los sexos. A veces un hombre no sabe qué hacer ante una mujer, y viceversa. No hay un programa que diga eso, como lo está en el mundo animal. Un animal sabe qué tiene que hacer con lo que es. Mientras que en el mundo de los cuerpos que hablan no sucede igual. Hay que hacer muchas cosas para abordar la sexualidad. Y eso desconcierta.

Los psicoanalistas celebran los índices que van en el sentido de neutralizar la anatomía como destino, como la ley de matrimonio igualitario, las manifestaciones y cualquier tipo de revolución en torno al sexo. Sin embargo, todo eso que va en dirección de hacer ingresar la diversidad no será una solución para los *impasses* que se viven en función de la inexistencia de la relación sexual.

La forma de suplir esa falta de relación sexual, dice Lacan (1972/2008), es con amor. El amor puede ir al lugar del fracaso en el encuentro entre los sexos. El amor hace condescender el goce al deseo, es decir, el amor pone el goce al servicio del deseo, para que el goce no se vuelva solitario y mortal. Por ejemplo, una mujer que es adicta a los cigarrillos conoce a un hombre, se enamora de ese hombre, pero el hombre un día le dice “No me gustan las mujeres que fuman” y entonces ella, por amor, deja de fumar. En lugar de encontrar rápidamente la muerte, ese sujeto femenino vive unos años más porque el deseo guía la vida. Lo que estaba destinado a volver al origen, al estado anterior, que es el sin vida, la nada, se retrasa por la forma en que el sujeto logró anudar a través del deseo.

Las personas tienden naturalmente a la muerte, dice Freud citando a Schopenhauer, lo que tiene que suceder es que la pulsión de vida se interponga en el camino hacia la muerte, esa pulsión de vida se construye a partir de una falta en el Otro que ha logrado originar en el sujeto la experiencia del deseo. Es por eso que las pulsiones de vida, en el lado del amor, según la terminología griega, también se llaman Eros. La cuestión del amor recorre toda la experiencia analítica, a tal punto que Lacan ha afirmado que lo único que hacemos en el discurso analítico es hablar de amor.

Así, la experiencia de análisis le permite al sujeto salir de una modalidad de amor limitada por la repetición, le permite hablar de su soledad, le permite alojarse con su más absoluta diversidad sin ser juzgado, y esta es la parte importante. Si algo enseña la experiencia analítica es que se trata de un encuentro que no se diferencia del amor en la vida cotidiana, salvo en los permisos sexuales. En suma, resumimos:

En el Seminario XX Lacan define la posición femenina respecto del goce como una posición dividida entre dos posibilidades de goce irreductibles entre sí, pero que una

mujer experimenta. La primera viene dada por el goce fálico, estructurado a partir de las leyes del significante y la castración simbólica, que encuentra en el significante fálico su punto de coordinación y en el hombre y en la mujer dos posiciones diferentes desde las que experimentarlo: para el hombre del lado del tenerlo y para la mujer del lado del serlo para el hombre. La posición del hombre hacia la mujer en el goce fálico es fetichista: búsquedas en el cuerpo de la mujer de aquella parte de sí mismo que eleva a encarnación de su objeto causa de deseo. La posición de la mujer respecto del hombre en el goce fálico es erotomaníaca: lo que la hace gozar es ser amada por el hombre. En la perspectiva del goce fálico no hay, pues, relación sexual, en el sentido de que los goces respectivos del hombre y de la mujer no convergen en una síntesis unitaria, sino que permanecen estructuralmente desconectados entre sí, a pesar de que en el acto sexual se produce el encuentro entre los cuerpos .... pesar de la mediación fálica y de la búsquedas en el cuerpo y en la palabra del Otro de aquello de lo que carece el sujeto, la experiencia real del goce se caracteriza por ser esencialmente solitaria. La segunda posibilidad de goce, propia de la posición femenina (lo que no significa en absoluto que un hombre no pueda experimentarla), está constituida por aquello que Lacan llama el Otro goce, y que se caracteriza por una relación directa con el goce, no mediada por la castración y el significante fálico. Éste se caracteriza por el hecho de ser un goce sin límites, no measurable ni cuantificable, no localizable como ocurre, en cambio, con el goce masculino, y que se manifiesta en la forma de un verdadero desapoderamiento, de un arrebato, de una total pérdida de dominio que afecta fundamentalmente al cuerpo como sustancia gozante. (Cosenza, 2019, p. 114-115)

### Perversiones

Desde el psicoanálisis de orientación lacaniana cuando hablamos de perversiones no hablamos necesariamente de una estructura psíquica o de rasgos que se asocian con la psicopatía, sino que hablamos de sexualidad. La perversión, para Freud de *Tres ensayos* cuando habla de las aberraciones sexuales, es una forma de satisfacción sexual desviada de la meta normal, es decir, desviada del coito.

Freud en 1905 escribe *Tres ensayos para una teoría sexual* donde ubica como perversión toda aquella actividad para obtener satisfacción con el cuerpo que va por fuera de la norma reproductiva y a esto lo descubre especialmente en niños, lo cual era toda una polémica: decir que los niños estaban sexualizados. Luego, en 1919 escribe “Pegan a un niño” un año después de haber publicado “El hombre de los lobos”, caso paradigmático donde descubre el surgimiento de estadios infantiles de organización sexual en la neurosis del adulto. Va a decir que estadios infantiles de organización sexual permanecen en la neurosis del adulto. Entonces las perversiones se derivan del complejo de Edipo, es decir, en personas estructuradas de manera neurótica hay perversiones. Así, lo novedoso es que Freud plantea la universalidad del Edipo en las perversiones.

Para abordar lo que el psicoanálisis llama el fantasma conviene remitirse al concepto de fantasía en Freud, lugar donde el neurótico puede quedarse incluso a pesar de desatender la conservación de su vida. Freud plantea a la fantasía como eslabón intermedio entre la fijación pulsional y los síntomas en la conferencia 23 “Los caminos de formación de síntoma” cuando dice que la fijación pulsional, el trauma, tiene que ver con una frustración de la libido por los objetos resignados en la infancia, a los cuales se vuelve con el síntoma, eso es correcto, dice Freud, pero entre la fijación pulsional y el síntoma hay que añadir un eslabón, la fantasía. Esto es la perspectiva de cadena, la perspectiva fálica del fantasma como aquello que sostiene la articulación entre el síntoma como saber sobre la fijación pulsional.

Ya en el giro de los años 1920, giro fundamental con su obra “Más allá del principio de placer” donde Freud introduce la pulsión de muerte, con la compulsión de repetición, Tánatos, va a plantear el hecho de que el aparato psíquico no funciona limitado por el principio de placer, sino que justamente hay algo que lo empuja a funcionar más allá de tal principio de regulación y es a partir de la compulsión de la repetición, de los sueños traumáticos, del juego del Fort-Da, de la reacción terapéutica negativa, de la compulsión de destino, que Freud va a postular justamente que hay algo que empuja más bien a la repetición, pero una repetición no de lo placentero, sino de lo doloroso, es decir, una repetición más allá de lo placentero. Lo que va a escribir en 1924, “El problema económico del masoquismo”, que en las pulsiones que había denominado sexuales hay un componente agresivo, ya sea dirigido al otro o a sí mismo, ¿cómo va a estar eso en el lado de la vida? El masoquismo conlleva un componente erótico en la autodestrucción, entonces el ser humano con la tendencia al lazo sexual no solamente pretende conservar la especie, sino destruirla. Además, en la sexualidad ocurre muchas veces que la elevación de la tensión no se experimenta como placer, lo que refuta el principio del placer.

Un año antes de este gran giro, es decir, 1919, va a escribir “Pegan a un niño”, antesala, texto que se ubica entre la dimensión imaginaria y real del fantasma. Freud aborda la fantasía de paliza en niños. Por eso, para abordar la cuestión del fantasma tenemos que pasar por las perversiones. Se trata de un texto que presenta interés porque parte de una fantasía presente en analizantes niñas. Freud habla de seis casos compuestos por cuatro niñas y dos niños, por lo tanto, el doble de niñas.

En esa época lo dominante en la sociedad respecto del masoquismo era Sacher-Masoch, de donde se recibe el nombre de masoquismo, es decir, el hombre es quien es pegado. Pero Freud toma la posición opuesta de esa asignación del masoquismo masculino como única morada. Freud nos dice en este texto que no solo los niños, sino también las niñas tienen derecho al uso de un fantasma masoquista. Por tanto, primer movimiento, despegar el fantasma masoquista de ser exclusivo para varones. ¿Cómo lo hace? Utilizando la lógica. Describe tres fases lógicas. Veamos cada una.

En la primera fase tenemos “Pegan a un niño”. Esta frase es algo que Freud consigue aislar, que deviene de la imaginación del niño que habla, del fantaseador. Lo que permanece indeterminado es el agente, es decir, lo único que se sabe es que un niño es pegado, pero no se sabe quién es ese niño ni quién es la persona que le pega. Lo sabido es que el objeto del golpe,

el niño azotado, no es el sujeto que habla. Hasta ahí la fantasía no parece ser masoquista, sino sádica. Aunque el niño que habla no sea sádico, porque no es él quien pega, es una fantasía de carácter sádico. Ahora bien, dice Freud, se nos revela que el objeto pegado es el niño que habla, mientras que el agente es idéntico, es decir, el que pega sigue siendo el padre. “Es cierto que la persona que pega sigue siendo la misma, pero el niño azotado ha devenido otro; por lo regular es el niño fantaseador mismo” (Freud, 1919/1986, p. 183). Ahora el niño ha devenido objeto del golpe. Esta es la segunda fase, inconsciente, que ahora sí, dice Freud, es masoquista.

*Yo soy azotado por el padre.* Tiene un indudable carácter masoquista. Esta segunda fase es, de todas, la más importante y grávida en consecuencias; pero en cierto sentido puede decirse de ella que nunca ha tenido una existencia real. En ningún caso es recordada, nunca ha llegado a devenir-conciente. Se trata de una construcción del análisis; mas no por ello es menos necesaria. (p. 183)

Tal como advierte Laurent (1999), hay aquí un contraste magnífico entre, por un lado, la fase más pesada en consecuencias, pero, por otro lado, la fase que no tiene existencia real. ¿Cómo algo que no tiene existencia real llega a ser el factor más importante en la generación de consecuencias? Aquello que no se realizó es lo que no deja de producir consecuencias. Se advierte la contradicción: lo que nunca se realizó no deja de realizarse.

No se trata aquí de niños que sufren violencia. Freud no está hablando de niños pegados en el sentido de niños que sufren violencia, sino de una fantasía, fundamental, es decir, en los fundamentos de la neurosis, que remite a la manera en que un sujeto goza en lo inconsciente. “Las catástrofes provocadas por el niño efectivamente maltratado es otra cosa que aquello que Freud designa con ese fantasma teñido con un alto grado de placer” (Laurent, 1999, p. 31).

En cuanto a la tercera fase se reencuentra con la primera con dos cambios. El agente, el que pega, deja de ser el padre para pasar a ser un sustituto, por ejemplo, el maestro. Y el objeto ya no es otro niño, sino niños pegados.

La persona que pega nunca es la del padre; o bien se la deja indeterminada, como en la primera fase, o es investida de manera típica por un subrogante del padre (maestro). La persona propia del niño fantaseador ya no sale a la luz en la fantasía de paliza. Si se les pregunta con insistencia, las pacientes sólo exteriorizan: “probablemente yo estoy mirando”. En lugar de un solo niño azotado, casi siempre están presentes ahora muchos niños. (Freud, 1919/1986, p. 183).

Lo que dice Laurent (1999) es que Freud habla de tres fases, pero en realidad hay cuatro, ya que hay una formulación anterior a la primera escritura. La primera escritura es “Pegan a un niño” y la formulación ahí es que el agente es indeterminado, “luego se sabe que es el padre, primera luz” (p. 31). Pero la primera escritura debería rezar de la siguiente manera: no es el padre quien pega y no es el sujeto el pegado. Con lo cual es una investigación acerca de la negación. Freud es un clínico de la negación y por eso utiliza la lógica. La lógica permite abordar la negación. La negación es signo de lo inconsciente. Por lo cual la lógica es adecuada como método para explorar lo inconsciente. “Freud nos guía, entonces, a través de un fantasma bien generalizado, conectado sin embargo con una perversión, pero que en

tanto fantasma, atraviesa las neurosis histérica y obsesiva; trans-estructural, si se quiere, el fantasma es común a ambos” (p. 32).

En esta propuesta de Freud la perversión está definida por la pulsión y, sobre todo, por el “color de vacío”, como dice Lacan (citado en Bassols, 2017), que la pulsión tiene. Hace falta el fantasma que le pueda dar un encuadre al modo en que el sujeto se relaciona con el objeto pulsional y eso es de una singularidad tan opaca como brillante, como lo demuestra ese rasgo de brillo en la nariz como la condición de goce en el texto de Freud acerca del fetichismo. La pulsión no tiene un objeto fijo, por lo tanto, necesita del fantasma para ordenarse. Pero algo de ese orden está dado en un nivel de satisfacción del cual el sujeto no solo que no está advertido, sino que además sufre de eso. Por ejemplo, el hombre que llega al análisis quejándose de que siempre se enreda con el mismo tipo de mujeres, y describe de manera específica ese tipo de mujeres diciendo que le gustaría poder elegir otro tipo de mujeres, pero vemos que no puede parar de elegir ese tipo de mujeres que además las especifica de una manera singular y no solo eso, sino que ¡las conquista! Ahí está fijado, aunque no lo quiera. Ejemplo de que lo variable de la pulsión se fija con el objeto, configurando un fantasma que produce goce. No va de suyo para la sexualidad que esté orientada a un destino armónico y natural. Es el brillo el goce que surge de un vacío que no entra en la métrica del fallo.

La frase “se pega a un niño” va a dar lugar al hecho de que no es posible para el sujeto decir quién pega a quién, es una forma impersonal decir “se pega a un niño” o “pegan a un niño”, no se dice a qué niño. Entones Freud va a intentar deducir con el analizante quién es el que pega y a quién se le pega. Lo que el analizante va a aportar en cada caso es que el que pega a un niño es el padre o es una figura que representa a la figura del padre, una figura de autoridad, por ejemplo, y que el niño en cuestión es un hermano del sujeto o una hermana, o alguien que ocupa el lugar fraterno para el sujeto, por ejemplo, una figura imaginaria, un personaje semejante o cercano al sujeto, por el cual el sujeto que fantasea tiene una relación libidinal, no es un sujeto que le sea indiferente. Entonces es el padre que pega a un hermano o a una figura semejante al sujeto. Esto es el tercer tiempo de la fantasía (Fajnwaks, 2022a, 2022b). El primer tiempo de la fantasía es “pegan a un niño”. Y el tercer tiempo es “el padre pega al niño”, o “el niño es odiado por el padre”, es odiado el semejante con el que el sujeto tiene una relación de rivalidad entonces se satisface la idea de que el padre le pega por esto.

El interés de este texto de Freud es justamente el tiempo intermedio, el segundo tiempo, entre el primero y el tercero, que es un tiempo que se encuentra rechazado, no aparece en la representación del sujeto, no aparece enunciado, es algo que Freud obtiene en el análisis con las asociaciones del analizante. Este segundo tiempo, esta fase intermedia, se construye, por tanto es un tiempo inexistente. Lo curioso es que en un tiempo que no existe “ocurren misterios fabulosos, se encuentra el placer intenso. Ahí donde hay placer intenso no hay representación” (Laurent, 1999, p. 33). Este tiempo intermedio que se construye en análisis, la escena construida, es que el sujeto dice finalmente el padre le pega al niño con el que el sujeto tiene una relación de rivalidad, de ambivalencia, le pega porque ama al sujeto. El padre le pega a este otro niño porque ama al sujeto fantaseador. Entonces lo rechazado, lo que constituye a la fase intermedia, es el amor del padre al sujeto.

La pregunta es, ¿cómo ama el padre al sujeto? Pegándole al niño odiado por él. Esa paliza, ese castigo de pegarle, lo hace por amor. El signo de que alguien me ama es que le pague a quien yo odio, disfrutar de que al que odio le duele el golpe, hasta ahí es el fantasma sádico. Sin embargo, el niño que se imagina que otro niño es golpeado por el padre porque el padre lo ama a él da los indicios de la construcción de un fantasma masoquista, de pasividad respecto al padre, de una dimensión sexual, erótica respecto al padre. Cuando el niño habla del semejante, está hablando de él mismo. Es él. Aquella frase “Pegan a un niño” finalmente revela ser utilizada para la masturbación, es decir, para un placer solitario de los sujetos en cuestión. Una erotización del castigo, que en principio parece ser dado a otro sujeto, pero que finalmente el sujeto confiesa que es a él mismo que le pega y que le pega porque lo ama (Fajnwaks, 2022a, 2022b).

Lacan va a hablar de las perversiones en el *Seminario 14* donde va a estudiar justamente el masoquismo a partir de la obra formidable de Leopold von Sacher-Masoch, el que dio el nombre al masoquismo. Leopold von Sacher-Masoch tenía una relación con Wanda, la Venus de las pieles, en una pieza de teatro, donde Wanda tenía que estar vestida con un tapado de piel y pegarle, castigarle, y ese era el contrato que Leopold von Sacher-Masoch tenía con su partenaire. Aquí se introduce otra dimensión de la perversión. La dimensión fálica es lo que ubicamos con Freud, de que la perversión señala que no hay sexualidad oficial, que toda sexualidad es perversa en la medida en que está determinada para un sujeto por la relación de implicación con un objeto de satisfacción pulsional que vela la castración. Esta es la vía fálica para pensar la perversión. Luego, con un Lacan ya desde la enseñanza media, *Seminario 14*, hacia la última enseñanza, podemos pensar la perversión en cuanto que sadismo y masoquismo, es decir, como la posición paradigmática del goce, ser el objeto que provoca la angustia y la división subjetiva en el partenaire.

En este sentido, cruzando “Pegan a un niño” y *Seminario 14*, podemos seguir el planteo de Lacan que va a hacer del masoquismo la perversión por excelencia. El sujeto masoquista es aquel que se identifica con un objeto pequeño *a* y así busca dividir al Otro. Invierte la fórmula del fantasma, donde el sujeto dividido, tachado, por el significante, en relación con un objeto *a*, se da vuelta, es el sujeto identificado al objeto de goce en relación con otro sujeto que está dividido. Es la fórmula del fantasma invertida. El masoquista pone entonces a su partenaire en el lugar del sujeto dividido, busca dividir al Otro, busca angustiarlo y la angustia es la forma más extrema de la división subjetiva.

El sujeto masoquista se ofrece como objeto; va más allá de la idea de me pega porque me quiere, se ofrece como objeto de la voluntad de goce del Otro para angustiarlo, es decir, ¿hasta dónde el Otro va a soportar que el sujeto identificado al objeto se ofrezca como objeto de castigo? El sujeto masoquista se ubica en el lugar del objeto, identificado al objeto pequeño *a*, buscando la división subjetiva en el lugar del Otro, se da como objeto para ver hasta dónde el Otro va a soportar que el sujeto se entregue como residuo, hasta qué punto el neurótico va a soportar que exista un elemento por fuera del todo. Eso es un sujeto con rasgos perversos, que arma un montaje perverso, pero estructurado de manera neurótica (Fajnwaks, 2022a, 2022b).

Las perversiones en psicoanálisis no tienen el sentido moral que se le puede suponer. Muchos autores de las teorías de género critican al psicoanálisis por el uso normativo de la palabra perversión. Cuando Freud habla de perversión no lo hace en el sentido médico de fines del siglo diecinueve como se hacía a partir de los trabajos de Kraft Ebings que escribió los trabajos de la psicopatía sexual, una obra médica que estaba marcada por una normatividad respecto de la perversión. Para Freud la perversión implica el hecho de que no hay un objeto predeterminado para el deseo y para la sexualidad, el objeto puede ser variable, por ejemplo, un zapato. Esto es fundamental porque es lo opuesto a toda la idea de heteronormatividad sexual que se le imputa al psicoanálisis.

La pulsión no tiene, en efecto, un objeto predeterminado, ni por la naturaleza ni tampoco por la educación. Hace falta el marco del fantasma para ofrecerle a la pulsión un objeto que será siempre un semblante, un trasunto que viene al lugar del objeto perdido (Bassols, 2017, p. 53)

Freud no aborda la sexualidad en términos heterosexuales: hombre o mujer. Cuando Freud, por ejemplo en *Tres ensayos*, habla del deseo, habla en términos que no tiene objeto determinado. El perverso polimorfo es el término de Freud para decir que un niño manifiesta distintos tipos de comportamientos respecto de la sexualidad que no buscan la procreación sino satisfacción en distintas partes de su cuerpo, se satisface alcanzando metas desviadas de la reproducción, eso es lo perverso en Freud, que el deseo no busca la procreación. Pero la excitación no viene por el autoerotismo, no es que alguien se excita solo porque tiene un cuerpo, sino porque ve a otra persona que le excita, alguien que lo seduce, de alguna manera ya sea activamente o simplemente con la mirada, pero, para esto, hace falta el fantasma, para que el goce no quede en el autoerotismo hace falta el marco del fantasma, el paso al Otro donde ubicar ese objeto de satisfacción fuera del propio cuerpo.

Cuando Freud escribía esto, en 1905, todavía no era algo tan corriente como hoy. Hoy nos hace reír esto, la época de la pornografía generalizada, el acceso libre a la pornografía en internet, nadie se animaría a decir que parece un escándalo que la sexualidad no está consagrada a la procreación. Pero en la época de Freud esto no era tan corriente. Entones la perversión para Freud quiere decir que la sexualidad no está dedicada a la procreación. Es la perversión lo que permite acceder al catálogo de las pulsiones parciales, es decir, de las pulsiones orales, anales, que articulan lo invocante y la pulsión escópica. De manera que la perversión es un fantasma neurótico.

El neurótico se imagina que el perverso goza más que él, que tiene un saber respecto de la sexualidad que él no tiene. Esto se da, por ejemplo, en la histeria, el sujeto en la histeria supone en el sujeto perverso un saber. Pone en juego la relación con el fallo, término que permite mediar la relación del sujeto con el Otro. Si se identifica, por ejemplo, al objeto mirada, se hace objeto de mirada y divide al Otro, si encuentra un partenaire que está en relación con su fantasma, es decir, con el objeto mirada, entonces se produce ese enganche de goce (Fajnwaks, 2022a, 2022b). Esto es la tercera fase que Freud encuentra que coincide con la conciencia de culpa.

La fantasía de la época del amor incestuoso había dicho: “El (el padre) me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a éste le pega”. La conciencia de culpa no sabe hallar castigo más duro que la inversión de este triunfo: “No, no te ama a ti, pues te pega”. Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. (Freud, 1919/1986, p. 186)

Por eso, señala Laurent (1999), el fantasma se relaciona con el masoquismo moral. La voz pura del sentimiento de culpa es alcanzada por el fantasma bajo la forma: “Mi padre me pega y yo gozo de ello”, que sería el fundamento escandaloso de la moral, porque es la conjunción entre la ley y la acción mortal de la ley, la ley y el efecto mortificante de la ley, punto que muchos intentaron abordar, ya sea Nietzsche con *La genealogía de la moral* o Kafka con la máquina de castigar en *El proceso*. Freud dice que el segundo tiempo, en el fondo, es inexistente en tanto disfraza el sentimiento de culpa que se sabe sólo por sus efectos. Y aquí se le arma el problema a Freud, ¿el masoquismo es conciencia de culpa? ¿El intenso placer obtenido en la segunda fase de la fantasía de paliza inconsciente equivale al deseo del sujeto de morirse? Freud intenta moderar la cosa diciendo que no puede ser que el masoquismo haya sido absorbido por la pulsión de muerte, sino que algo del amor tiene que haber jugado su papel en esta fase de la fantasía masoquista.

Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. Así pues, la fantasía ha devenido masoquista; por lo que yo sé, siempre es así: en todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo. Pero ciertamente no es este el contenido íntegro del masoquismo. La conciencia de culpa no puede haber conquistado sola la liza; la moción de amor tiene que haber tenido su parte en ello. (Freud, 1919/1986, p. 186)

Freud va resolviendo esto, dice Laurent (1999), al decir que existe el masoquismo entre Eros, el amor del padre, y su vínculo con la otra dimensión, que es la conciencia de culpa. Con lo cual el ser azotado por el padre es una conjunción de culpa y erotismo.

«El padre me ama» se entendía en el sentido genital; por medio de la regresión se muda en «El padre me pega (soy azotado por el padre)». Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo; *no es sólo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo*, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas. Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo. (Freud, 1919/1986, p. 186)

Esto deja establecido un vínculo entre el goce y la prohibición. Allí donde la prohibición es resistencia, ahora, mediante la perversión, es goce. “Allí donde la prohibición debería ser resistencia a gozar, la maniobra perversa consiste, al contrario, en restituir el goce allí donde había una prohibición” (Laurent, 1999, p. 34). El perverso es entonces alguien que sobre la prohibición pone el goce, que eleva el goce a la dignidad de mando, es decir, a su estado puro, de gozar más, que no significa más placer, sino entregar su ser para obtener plus-de-goce. Su

misión, dice Lacan (cit. Laurent, 1999), es la de ser un soldado al servicio de “un dios oscuro al cual le sacrifica todos sus intereses para producir, restituir al mundo, el plus-de-goce que le falta” (p. 35).

En alemán la frase se traduce al español como “un niño es siendo golpeado” implica que un niño le da existencia a ese otro niño que existe en cuanto que sea golpeado. Hay una especie de sutileza que el lenguaje permite diferenciar, la posición masoquista, ser en cuanto recibe golpes. Si alguien me pega es porque consigo provocar algo en el Otro, consigo dividir al Otro, entonces me destaco por al menos eso. Es una especie de cogito: golpeado, luego existo. En esto no corresponde interpretar con los discursos policiales, que van a calificar de horroroso el golpe, van a prejuzgar al golpeado e indicarle que salga de ahí. Eso es lo que justamente no hay que hacer, prejuzgar el goce. Si fuera tan fácil salir, ya hubiera salido.

Por eso Lacan va a empujar un poco más la concepción del fantasma fundamental cuando dice que permite articular una relación del sujeto a una de las formas del objeto pequeño *a*. Este objeto es una construcción analítica, forma oral, anal, voz o mirada, que articula, en alguno de esos niveles, un modo de goce. En este ejemplo de Freud hay cierta articulación del objeto mirada, lo importante para este sujeto niño es que se pueda mirar la escena donde otro niño odiado por el sujeto es siendo golpeado por el padre del sujeto. La articulación de la mirada, donde el sujeto mira al padre cómo este le pega a otro niño odiado por él, lo pone al sujeto como un voyeur, como alguien que goza de mirar cómo el padre le pega a otro. Tenemos una articulación perversa de lo que Lacan va a llamar el objeto mirada. Esta posición de ser golpeado por el padre, pero que es construida en el análisis, va a permitir a Freud despejar en 1924 en el texto “El problema económico del masoquismo” el masoquismo moral, es decir, una posición justamente de sumisión del sujeto frente a la figura del superyó, va a despejarse a partir de esta posición pasiva, de un padre que pega porque ama.

Se trata de una escena imaginaria, un escenario, un guion que el sujeto monta para poder gozar porque esta escena lleva a la masturbación. Tenemos la dimensión imaginaria del fantasma, pero también una dimensión real, ya que el segundo tiempo del fantasma es construido, es decir, no se accede a él directamente, sino por el análisis (Fajnwaks, 2022a, 2022b).

Así, el masoquismo moral pasa a ser el testimonio clásico de la existencia de la mezcla de pulsiones. Su peligrosidad se debe a que desciende de la pulsión de muerte, corresponde a aquel sector de ella que se ha sustraído a su vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Pero como, por otra parte, tiene el valor psíquico (*Bedeutung*) de un componente erótico, ni aun la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa. (Freud, 1924/2007, p. 176)

Freud (1924/2007) demuestra algo invariable en la experiencia subjetiva, dándole el nombre de masoquismo moral. Se trata de la satisfacción que se encuentra en el dolor, efecto de la mezcla de pulsiones, de la excitación dolorosa que provoca un componente erótico. La modalidad en que la pulsión de destrucción se haya vuelto hacia el sí mismo como masoquismo es, por su componente erótico, lo que no cambia. Por eso, Miller (citado en Grañó i Arcarons, 1997) sostiene que el masoquismo es el nombre más freudiano del goce.

La referencia al objeto *a* es trabajada por Lacan cuando articula el masoquismo. En el masoquismo “el sujeto asume una posición de objeto, en el sentido más acentuado que damos a esta palabra, a saber, el objeto como efecto de caída, de desecho, de resto del advenimiento subjetivo” (Lacan, 1966-1967/2023, p. 267). El masoquista obtiene así un beneficio de goce. “Este goce está íntimamente ligado a una manipulación del Otro” (p. 267). En esa relación hay una especie de contrato escrito donde se dictan las conductas al Otro, mucho más que al propio masoquista, evidencia que el Otro es el lugar donde se despliega una palabra. En este contrato el Otro es el cuerpo del masoquista. Pareciera que el masoquista hiciera todo lo necesario para ser admitido, es decir, para no ser rechazado, pero, en realidad, no hace más que hacerse rechazar. Lo que dice Lacan es justamente que ser rechazado es una dimensión esencial en el neurótico porque él se ofrece al Otro. “Lo que hace el neurótico consiste en intentar, con oferta, hacer demanda” (p. 268). Se ofrece para que le pidan. Provoca una demanda del Otro ofreciéndose; “el neurótico se ofrece, la clave de su posición es su estrecha relación con la demanda del Otro, pues intenta hacer que ésta surja” (p. 268). Es otra indicación para orientar la clínica del neurótico.

El aporte que hace Lacan (1966-1967/2023) es articular el masoquismo a una forma activa del sujeto y no una forma de ser objeto. El perverso es un objeto desechado, un objeto de desprecio, en la medida en que ahí puede hacer que surja el acento del goce, pero, pese a tener la más íntima relación con el goce, la perversión es una operación del sujeto que sabe que no todo el cuerpo ha sido tomado, “sino que en alguna parte queda una chance de que algo se haya salvado. Y desde este punto, desde el lugar de *a*, el perverso interroga lo que ataña a la función del goce” (p. 305). Se formula: *a* <> S.

el perverso sigue siendo sujeto todo el tiempo que dura el ejercicio de lo que él plantea como pregunta al goce. El goce al que él apunta en esta pregunta es el del Otro, en la medida en que él mismo, el perverso, es quizá de este goce el único resto, pero él la plantea por medio de una actividad de sujeto. ... *el masoquismo ... tiene nada específicamente femenino*. ... si el masoquismo fuera femenino, querría decir que es natural en la mujer ser masoquista, por lo tanto el masoquismo no sería una perversión, pero lo es, de modo que naturalmente las mujeres no pueden ser calificadas como masoquistas, pues al ser una perversión el masoquismo no podría ser algo natural. ... la mujer no tiene vocación alguna para cumplir el papel que le asigna la empresa masoquista. (Lacan, 1966-1967/2023, p. 305-306)

### Masoquismo, Masculino

Dany Cohn-Bendit fue uno de los jóvenes líderes del movimiento estudiantil que protagonizó la revuelta más grande de la historia en el Mayo del 68 en Francia contra el absolutismo, el totalitarismo, la rigidez, la violencia de un sistema sin libertades. En 1985 tiene un encuentro con Susan Brownmiller, que conmocionó las malas costumbres con su libro fundamental *La violación*. La entrevista comienza de la siguiente manera. Dany le pregunta: “Hoy militas en un grupo denominado «las mujeres contra la pornografía». ¿No es un tema muy alejado del

movimiento feminista de los años 60 que reclamaba la libertad sexual?” (Cohn-Bendit, 1998, p. 230). Susan contesta: “Es la misma lucha. Queremos liberar la sexualidad de los mitos sado-masoquistas que pesan en la imaginación masculina” (p. 230).

Éric Laurent entre 1992 y 1993 brinda un seminario sobre posiciones femeninas del ser donde hace notar que el goce femenino no solo no es propiamente masoquista, sino que puede ser lo contrario, en tanto que se ha equiparado a la verdadera mujer al personaje de Medea que destruye lo más querido, es decir, un desenfreno que coincide con el más allá del falo. El goce femenino no es masoquista, sino sádico. En este punto, en donde no alcanza la medida fálica, se articula la cuestión del superyó femenino. Además, asegurar que el masoquismo es el modo de gozar femenino despoja a lo femenino de su relación con el deseo, “digamos que el masoquismo femenino da la sensación de una criatura que busca la catástrofe o la elige en forma pasiva, sin embargo se trataría más de una elección en cualquier circunstancia” (Laurent, 1999, p. 9).

Cuando los psicoanalistas anglosajones hablaban de la frustración femenina en los años 50, de que el sujeto quiere tener y cuando no puede tener sufre, se frustra, ahí Lacan apuesta a desviar la atención de los psicoanalistas introduciendo el concepto de privación que implica lo que se rechaza, algo distinto a lo que se le niega a un sujeto, porque la privación está en función de la demanda y hay algo de la demanda que no llega a formularse, no llega a decirse, eso es la privación del lenguaje, por tanto no se puede pedir, no se llega a pedir como algo que el sujeto sabe que necesita para completar la falta.

Lo que hace Lacan es aclarar que no es la falta en el registro del tener, idea que lleva a la frustración, sino la falta en el registro del ser lo que se juega en la privación porque el ser está en relación con la demanda. Lacan intenta enseñar esta diferencia entre frustración y privación. “La idea de la privación quería, pues, hacer pensar a los psicoanalistas en algo que no fuera el registro del tener y de lo que se puede demandar” (Laurent, 1999, p. 67).

El masoquismo es una tentativa de mantener la unidad con la madre. Freud habla de que un niño también puede ser pegado por la madre, no solo por el padre, en el texto “Pegan a un niño”, pero no lo desarrolla. Ser pegado por la madre es el fantasma obsesivo que pretende ser falo imaginario, el objeto que colma la falta de la madre, una mujer toda, para no perder a la madre, para no renunciar a la madre, hace existir la definición de un ser de mujer. El masoquismo intenta preservar la completud con el objeto materno y, en ese punto, es masculino.

Antes de Lacan las discípulas mujeres de Freud ya habían manifestado su descontento por el concepto de masoquismo femenino. “El movimiento psicoanalítico después de Freud conoció una insurrección de las mujeres discípulas de Freud contra la idea de un ser de la mujer definido por este masoquismo, por ese placer en el dolor” (Laurent, 1999, p. 73). Ya en el texto de 1958 “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina” Lacan inaugura la pregunta por lo femenino como alteridad, como más allá de lo fálico. Desidentifica lo femenino de lo pasivo, de lo complementario del hombre.

El lado masculino tiene un solo modo de goce, el fálico, el goce del fantasma, de la relación fija del sujeto barrido con su objeto de goce, lo cual significa hacer existir la relación sexual. Pero Lacan no se queda en la perspectiva fálica cuando aborda la posición femenina.

Quedarse en esta perspectiva sería decir que la mujer es lo que le falta al hombre, sería quedarse en la primera orientación de las tablas, es decir, que la mujer sea el objeto de la causa del deseo del sujeto masculino. Esto lleva a la mujer inevitablemente al goce masoquista. Sin embargo, las mujeres no testimonian que están felices de ser lo que le falta al hombre. Quizás no todas, pero suficiente una para validar esta hipótesis.

Lo femenino va más allá de la lógica de los conjuntos, más allá de la falta y del todo. Por tanto, señala Aramburu, el masoquismo “no define la posición femenina del ser” (citado en Laurent, 1999, p. 6). Laurent (1999) introduce esta cuestión cuando dice que las fórmulas de la sexuación son el resultado de una “larga elaboración de la posición femenina, abordada más allá del complejo de Edipo” (p. 7). Se trata de reabrir el debate sobre la cuestión fálica en estos tiempos.

### Conclusión

Se ha demostrado la hipótesis de que el fantasma masoquista está del lado masculino y no, como habitualmente se piensa, que las mujeres son masoquistas. Se ha precisado la manera en que la concepción de perversión de Freud y de Lacan nos han permitido crear esta hipótesis. El aporte fundamental de este trabajo es entonces abrir esta idea tan asentada de que las mujeres disfrutan del dolor. Por cierto dejar cerrada esa idea contribuye a la reproducción de la violencia.

### Referencias

- Bassols, M. (2017). *Lo femenino, entre centro y ausencia*. Grama.
- Bassols, M. (2020, 21 de febrero). *Lo femenino, más allá de los géneros* [Sesión de conferencia]. Seminario del Campo Freudiano, San Sebastián, España. <https://www.revistavirtualia.com/articulos/890/destacados/lo-femenino-mas-allá-de-los-géneros>
- Cohn-Bendit, D. (1998). *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Anagrama.
- Berelson, B. (1952). *Content Analysis in Communication Research*. Free Press.
- Chamorro, J. (2008). *Las mujeres*. Grama.
- Cosenza, D. (2019). *La comida y el inconsciente: psicoanálisis y trastornos alimentarios*. Ned. <https://elibro.net>
- Fajnwaks, F. (2022a, 23 de julio). *CLASE ABIERTA. Síntoma y Fantasma en la experiencia clínica. Por Fabián Fajnwaks* [Webinar]. Yoica AC. <https://www.youtube.com/watch?v=sQSzNYtzOPg>
- Fajnwaks, F. (2022b, 15 de agosto). *CLASE ABIERTA. Síntoma y Fantasma en la experiencia clínica. Con Fabián Fajnwaks* [Webinar]. Yoica AC. <https://www.youtube.com/watch?v=YhPGrzdJqG8>.
- Freud, S. (1986). Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. En *Sigmund Freud. Obras Completas* (J. L. Etcheverry, Trad.; Vol. XVII). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919)

- Freud, S. (1992). Sobre la sexualidad femenina. En *Sigmund Freud. Obras completas*. (J. L. Etcheverry, Trad.; Vol. XXI). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932)
- Freud, S. (2007). El problema económico del masoquismo. En *Sigmund Freud. Obras Completas* (J. L. Etcheverry, Trad.; Vol. XIX). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924)
- Grañó i Arcarons, M. (1997). La experiencia del dolor en Psicoanálisis y Medicina. *Freudiana*, (20). <https://freudiana.com/>
- Krippendorff, K. (1998). *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*. Paidós.
- Lacan, J. (2023). *El seminario. Libro 14. La lógica del fantasma*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1966-1967)
- Lacan, J. (2008). *El Seminario. Libro 20. Aun*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1972)
- Lacan, J. (2009). Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina. En *Escritos 2* (pp. 689-702). Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1960)
- Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser: Del masoquismo femenino al empuje a la mujer*. Tres hachas.
- Laurent, E. (2016). *El reverso de la biopolítica*. Grama.
- Lejbowicz, J. (2022). *El rechazo de lo femenino. Del horror al coraje*. Grama.
- Marshall, C. & Rossman, G. (1999). *Designing qualitative research* (3ra ed.). Thousand Oaks.
- Martínez Miguélez, M. (2006). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. Trillas.
- Miller, J.-A. (1993). *De mujeres y semblantes*. Cuadernos del pasador.
- Miller, J.-A. (2008). *El partenaire síntoma*. Paidós.
- Miller, J.-A. (2014). *Sutilezas analíticas*. Paidós.
- López Noguero, F. (2002). El análisis de contenido como método de investigación. *XXI, Revista de Educación*, 21(4), pp. 167-179. <http://hdl.handle.net/10272/1912>
- Whittemore, R., Chase, S., & Mandle, C. (2001). Validez en investigación cualitativa. *Qualitative health research*, 11(4), pp. 522-537. <https://doi.org/10.1177/104973201129119299>